

EL TEATRO,
COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

ALZA, PILILI!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

TOMÁS PEREZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,-2.º

—
1873.

EL TERCERO

DEPARTAMENTO DE AGRICULTURA Y FOMENTO

ALZA PILLI

DEPARTAMENTO DE

COMERCIO Y INDUSTRIA

MADRID

ALZA PILLI, S. A.

PLAZA DE SAN JUAN, 1

1912

ALZA PILEI

¡ALZA, PILILI!

1871

¡ALZA, PILILI!

JUQUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

TOMÁS PEREZ.

Estrenado en el Teatro de Capellanes el 22 de Diciembre de 1872.

MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

PERSONAJES

ACTORES.

DOÑA CECILIA.....	D. ^a JACINTA CRUZ.
CÁRMEN.....	D. ^a SOFÍA GALI.
MATILDE ¹	SRTA. ROS.
DON RUPERTO.....	D. JOSÉ BANOVIO.
DON JOSÉ.....	D. FEDERICO BALADA.
EDUARDO.....	D. EDUARDO PEREZ-CACHET

REGISTRADO EN

1. Á ser posible hará este papel una bailarina.

TOMAS PERREN

ESTRADA DE MADRID, 22 DE ENERO DE 1873

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE DON ALONSO GULLON

1873

ACTO UNICO.

Sala amueblada con decencia. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, sale con un papel en la mano, seguido de

CÁRMEN.

CARMEN. Á ver, á ver.

EDUARDO. Desde cuándo
te has vuelto, Cármén, tan mística?

CARMEN. Qué dices?

EDUARDO. Bien interpretas
los pasajes de la Biblia.

CARMEN. Expílicate.

EDUARDO. Quién ha puesto
en mi mesa esta cuartilla?

CARMEN. No lo sé.

EDUARDO. No disimules.

Me ha hecho una gracia!

CARMEN. Maldita
la que á mi me hace tu broma.

EDUARDO. Es de veras, Carmencilla,
que tú no has sido?

CARMEN. No he sido.

EDUARDO. Entonces, no acierto, chica,
qué es esto.

- CARMEN. Pero qué es eso?
- EDUARDO. Escucha.
- CARMEN. No pierdo sílaba.
- EDUARDO. (Lee.) «En mi lecho por las noches busqué
»al que ama mi alma. Le busqué y no le
»hallé.»
«Si mi amado llamase á mi puerta, y metiese
»la mano por el resquicio, se estremecerían
»mis entrañas.»
- CARMEN. Qué desvergüenza! Y son esos
los pasajes de la Biblia?
- EDUARDO. Del cantar de Salomon
están copiados. Daría
algo bueno por saber...
- CARMEN. Quieres que yo te lo diga?
- EDUARDO. Lo sabes tú?
- CARMEN. Lo presumo.
- EDUARDO. Y quién es?
- CARMEN. Doña Cecilia.
- EDUARDO. El ama!
- CARMEN. Sí. Hace algun tiempo,
noto, cuando en tí se fija,
que se pone tan turbada,
tan triste...
- EDUARDO. Es caso de risa.
- CARMEN. Ahora, si tú prometes
no enfadarte, una noticia
te voy á dar.
- EDUARDO. Lo prometo;
pero dime pronto...
- CARMEN. Mira
este papel. (Eduardo lee.)
Una noche,
hará cuatro ó cinco dias,
lo hallé bajo mi almohada.
- EDUARDO. Y quién?...
- CARMEN. Pues no lo adivinas?
- EDUARDO. Don Ruperto acaso?
- CARMEN. El mismo.
- EDUARDO. Vaya una pareja digna
de lo que yo sé. Y te ha dicho?...
- CARMEN. Que me ama como hija,

que no me haga ningun caso
de los jóvenes del día;
que si Dios fuera servido
el llevarse á su Cecilia,
pasar quisiera á mi lado
esta miserable vida,
y que en cerrando él los ojos
yo su heredera sería.

EDUARDO. Nada más?

CARMEN. Que soy muy guapa;
y muy graciosa.

EDUARDO. Estantigua!

Que yo sea pronto, cual pienso,
licenciado en medicina,
y ya verá ese carcunda
con quién pasas tú la vida.

CARMEN. Eduardo! (Con cariño.)

EDUARDO. Cuando veo

que te agasajan y miman
delante de la gentuza
que viene aquí de visita,
me dan unas tentaciones
de descubrir su falsía!

CARMEN. Mi madre al morir, temiendo
que quedase desvalida,
me dejó recomendada
á esta hipócrita familia,
y creyendo en sus promesas
murió la infeliz tranquila.

EDUARDO. Engañan á todo el mundo.

Á mi padre les inspiran
una ciega confianza;
los elogia sin medida.

CARMEN. Ella viene. Entra en tu cuarto.

EDUARDO. Hasta luégo, prenda mía.

(Cármén hace como que limpia la mesa.)

ESCENA II.

CÁRMEN, DOÑA CECILIA.

CECILIA. Estás aquí?

CARMEN. Sí señora.

CECILIA. Y qué haces?

CARMEN. Limpiar la mesa.

CECILIA. Es usted muy limpia, mucho.

Acabo de ver la prueba
en la cocina.

CARMEN. Ahora poco

la he limpiado.

CECILIA. Menos réplicas

Á tu obligación, y arréglate
para ir luégo á la novena!

ESCENA III.

DOÑA CECILIA.

Habrá venido Eduardo
de clase?

(Se asoma al gabinete.)

Allí está. Qué bellas
facciones tiene! Qué ojos

tan expresivos! Ay! Diera

dos ó tres años de vida

porque él me lamase. Soy vieja,

es decir, ya no soy joven,

pero aún tengo la tez fresca.

El corazón nunca es viejo.

Nunca es viejo. Verdad, prenda,

que eres joven? Aquí viene.

Calma, no me comprometas.

Habrá visto el papelito?

Comprenderá la indirecta?

ESCENA IV.

DOÑA CECILIA, EDUARDO.

CECILIA. Felices tardes.

EDUARDO. Felices.

CECILIA. (Estáte quieto!) (Al corazón!)

EDUARDO. (Qué fea!)

CECILIA. Hermosa tarde.

EDUARDO. Divina.

CECILIA. Parece de primavera.
Le gusta á usted el campo?

EDUARDO. Mucho.

CECILIA. Á mí tambien.

EDUARDO. (Qué poética!)

CECILIA. El corazón allí late

con más fuego, con más fuerza,

y las almas desdichadas

alivio á su mal encuentran

en sus floridos vergeles,

en sus frescas alamedas.

Cuántas, como esta, tan puras,

habrá pasado en su tierra

con la mujer que usted adora

en plática dulce y tierna!

Ay!

EDUARDO. ¡Ay! (Allá voy.) Mi alma
busca en vano.

CECILIA. (Al corazón.) (No te muevas.)

EDUARDO. Un alma que la adivine,
un alma que la comprenda.

CECILIA. (Leyó el papel.)

EDUARDO. Que si un día
llamo á deshora á su puerta,

dentro del cuerpo en que habite

de contento se estremezca.

CECILIA. (Lo leyó.)

EDUARDO. Un alma... (Acabemos),
un alma... un alma...

CECILIA. (No acierta
á explicarse.) Un alma joven!

EDUARDO. Joven! Nunca. No son esas
las que á comprender alcanzan

las pasiones verdaderas,

voraces, inextinguibles...

CECILIA. Siga usted.

EDUARDO. Fuertes, inmensas.

CECILIA. Eso!

EDUARDO. Que son patrimonio...

CECILIA. (Corazón, ahora! Á qué esperas?)

EDUARDO. De las mujeres que saben

apreciar en su grandeza
el fuego de la mirada,
el fruncimiento de cejas,
las frases que no se dicen,
las sensaciones secretas
del alma.

CECILIA. (Yo me desmayo!)
(Si él entonces se atreviera!..)

EDUARDO. Y esas mujeres que tienen
lava por sangre en las venas,
son las que en edad madura
con delicias de amor sueñan.

CECILIA. Tienes razón.

EDUARDO. En mis sueños.

CECILIA. Sueñas tú?

EDUARDO. (Ya me tutea.)

Halago una mujer fuerte,
un ser de edad ya proveya,
complaciente, cariñosa,
alta, colorada, gruesa,
una mujer ya metida
en harina, casi vieja.
(Allá va esa bomba.)

CECILIA. Cielos!

Ruperto! Calla!

EDUARDO. (¡Qué escena!)

ESCENA V

DICHOS, D. RUPERTO.

RUP. De qué se trata?

CECILIA. De nada.

Eduardo que se queja
de que está su cuarto sucio.

EDUARDO. (Valiente...)

CECILIA. Cármen no piensa
sino en componerse, y voy
á plantarla...

RUP. Ten paciencia;
á su edad tú eras lo mismo;
hace treinta años.

CECILIA. Qué treinta!

RUP. Y ainda mais.

CECILIA. Tú te equivocas.

RUP. Al acabarse la guerra
civil, nos casamos.

CECILIA. Bueno,
estoy enterada.

RUP. Eras
entonces la flor y nata
de las chicas de la aldea.

CECILIA. Y tú un necio.

RUP. Así la envidia,
es decir, las malas lenguas,
decían si aquel teniente
de Húsares de la Princesa...
Mas nada, no hubo tal cosa,
yo lo aseguro.

CECILIA. (Qué bestia!)

ESCENA VI.

D. RUPERTO, EDUARDO.

RUP. Qué tiempos! Cuando recuerdo
lo que el mundo en ellos era,
y lo que es en los presentes,
siento infinita tristeza.
En vez de acudir al templo
donde al Señor se venera,
acude la gente al club,
donde los falsos profetas
le hablan de sus derechos
de justicia y... ¡frases huecas
que les sugiere su orgullo
y su satánica ciencia!
Quieres más? El otro día
dijeron en mi presencia
que es falso lo de la burra
de Balaán!

EDUARDO. Oh! Qué blasfemia!
Negar que una burra hablaba!
Y digo, la burra aquella!

Aquella burra! Una burra
tan... tan... tan... tan... tan juinenta!
Jesús! Jesús!

RUP. Si esto sigue,
el fin del mundo está cerca.
No te parece, Eduardo?

EDUARDO. Oh, sí señor! (Me voy fuera
por no reventar de risa.)
Tengo que salir!

RUP. No vengas
muy tarde.

EDUARDO. Qué hora es?

RUP. Las cinco.

EDUARDO. Á las seis estoy de vuelta!

ESCENA VII.

D. RUPERTO.

—La religión es el freno!
que sujeta las pasiones. (Transición.)

—Cármén tiene unas facciones,
que al mirarlas, me enageno.

—Pensamientos celestiales
inspira la religión.

—Me hacen tilin y tilon
aquellos ojos barbales.

—Y hay quien desprecia altanero
la religión sacrosanta!

—Digo, pues y la garganta!
y aquel aire retrechero!

—Desgraciado el que no tiene
en nuestra religión fe.

—Dónde me deja usted el pie
y la... ¡tapa! que ella viene.

ESCENA VIII.

D. RUPERTO, CÁRMEN.

CARMEN. Doña Cecilia! Ah! Creía
que aquí se hallaba.

RUP. Ha salido
Dí, qué tienes? Te ha reñido
por alguna tontería?

CARMEN. No señor.

RUP. Yo le tolero
tanta y tanta impertinencia!
Súfrela tú con paciencia
por lo mucho que te quiero

CARMEN. Gracias.

RUP. Tu mucho candor,
tu inocencia, tus modales
y tus gracias naturales,
te hacen digna de mi amor
Ya te lo he dicho; si un día
—cosa que no quiera Dios,—
me quedo viudo, los dos
viviremos, hija mia,
juntitos, como Dios manda,
cual viven los tortolitos,
juntitos siempre, juntitos.
Acércate á mí. Más, anda.

CARMEN. Agradecerle no sé
lo mucho que usted me quiere.

RUP. Por mucho que te pondere
mi amor, corto quedaré.
Mil veces la vista fija
en tu rostro peregrino,
reniego del vil destino
que no me ha dado una hija;
y en el paternal exceso
de mi paternal pasión,
con paternal emoción
te diera un paternal beso,
y en mi paterna ansiedad,
entre mis paternos brazos
forjára paternos lazos...

CARMEN. (Y va de paternidad.)

RUP. Y tú, me quieres?

CARMEN. Podría
no pagarle á usted, señor,
ese paternal amor?

RUP. Y no sientes, hija mia,

otra pasion en tu pecho
brotar? No amas á otro?

CARMEN.

Si.

RUP. Amas á otro? Más que á mí?

CARMEN. Sí señor. (Rabia.)

RUP.

(Sospecho,

y el sosp echarlo me aterra,
que Eduardo... Si al fin los dos...)
Y á quién amas, hija?

CARMEN.

Á Dios,

el señor de cielo y tierra.

RUP.

Ah! Ya! (Respiro!) Es muy justo
ese amor á quien debemos
todo cuanto poseemos.

Monilla, me has dado un susto! (Llaman.)

CARMEN. Llaman.

RUP.

Abre.

CARMEN. (Sale y anuncia.) Don José.

RUP.

Que pase. (Suerte maldita!

Cuán buena ocasión me quita!)

JOSE.

Hay permiso?

RUP.

Pase usted.

ESCENA IX.

D. RUPERTO, D. JOSE.

JOSE.

Dios le guarde, don Ruperto.

RUP.

Don José, que Dios le guarde.

JOSE.

He venido un poco tarde.

Ya adivinareis...

RUP.

No acierto...

JOSE.

—Tomando mil precauciones,
anoche á la chica ví.

RUP.

Alza, pilili!

JOSE.

Y aquí

se hallará á las oraciones.

RUP.

—Sin avisar, jesta es buena!
para tramar el enredo!

Hoy recibirla no puedo,
tengo que ir á la novena.

JOSE.

—Pues ella al anochecer

se planta aquí, y es preciso arreglar...

RUP. Qué compromiso!

En fin, veremos á ver.

Y cómo habeis arreglado?...

JOSE. —Le dije, fué necesario,

que vos érais empresario,

y que os hallábais baldado;

que pensabais contratar

una buena compañía

para Murcia y Almería,

y no pudiendo pasar

á verla, le suplicabais,

—siempre que le conviniese,

que á vuestra casa viniese

para ver si os arreglabais.

Llega, le habláis del contrato;

verla ántes bailar quereis,

accede, baila, la veis,

y no cerrais luégo el trato.

RUP. —Gran tramoya! Buen pretexto!

Ahora sólo es menester

engañar á mi mujer.

JOSE. —Fingid que estais indispuerto.

RUP. Y qué tal, es bien formada

la chica?

JOSE. No tiene tilde.

RUP. Cómo se llama?

JOSE. Matilde.

RUP. Divino! Y es agraciada?

JOSE. —Mucho.

RUP. Y el baile?

JOSE. Expresivo

como ninguno. Ella sale

con falda larga.

RUP. Eso vale

un Perú!

JOSE. Ademan altivo,

encantadora sonrisa.

Con la malla no se nota

si va vestida: la bota

de color, alta y concisa.

Dá una patada en el suelo
con gracia; la falda coge
por delante, y la recoge
descubriendo.

RUP. — ¡Ah! El mismo cielo! Y
Qué bella escena, qué bella!

JOSE. — Muestra la falda, la oculta,
y entre sus pliegues sepulta
á aquel que baila con ella.
Á dar aplausos empieza
el público que lo vé,
y ella entónces pone el pie
al nivel de su cabeza,
y hace cada movimiento,
se agita tan bien y tanto,
que hiciera pecar, no á un santo,
que eso es poco, sino á ciento.

RUP. Bien, bravo! Esa descripción
acrecienta mi deseo
de verla bailar.

JOSE. — No creo
que falte.

RUP. Qué inspiración
habeis tenido! Sin ella
me hubiera muerto sin ver
ese baile. Mi mujer,
cual si fuera una doncella,
no se aparta de mí lado,
y ni una noche he podido
desde que soy su marido,
ir sin ella ni á un recado.
Alza, pilili!

JOSE. — Ella viene.

RUP. Empecemos á fingir.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA CECILIA.

JOSE. — Es preciso convenir
en que lo que le conviene,
es no salir hoy de casa.

La noche está poco buena.

RUP. —Tengo que ir á la novena.

CECILIA. Rupertito, qué te pasa?

RUP. Hija, nada.

JOSE. Que le ha entrado

un dolor tan infernal
de muelas, que está fatal.

(Al oír esto D. Ruperto, se tapa á toda prisa el
carrillo derecho con las dos manos.)

CECILIA. —Pobrecito!

JOSE. Y empeñado

en ir al anochecer

á la novena.

CECILIA. No, hijo;

yo iré solita. Te exijo

que te quedes: tu mujer

le pedirá á Dios por tí.

RUP. Hijita, cuánto me quieres!

Entre todas las mujeres...

ay! ay! ay!

CECILIA. Te aprieta?

RUP. Ay! Sí.

CECILIA. Cármen, hasta que yo vuelva,
podrá cuidarte.

RUP. No, no,

que te acompañe.

CECILIA. Si yo

puedo ir sola.

JOSE. (No resuelva

quedarse. Decid que sí.)

RUP. Como quieras. ¡Ay qué pena

mé da el no ir á la novena!

CECILIA. Yo pediré á Dios por tí,

como te he dicho.

JOSE. Hasta luégo.

RUP. Tan pronto?

JOSE. (Ya volveré.)

Adios señora, y que usted

no tarde en hallar sosiego.

ESCENA XI

D. RUPERTO, DOÑA CECILIA.

CECILIA. No te se aplaca el dolor?

RUP. Ay! No.

CECILIA. La esencia de clavo es buena, y la tengo ahí.

RUP. ¡Bravo!

Esto no puede ir mejor.)

ESCENA XII

CÁRMEN.

Con que esta noche tenemos

aquí función de can-cán,

mientras va doña Cecilia

á la novena! Já! já!

Los santos!

ESCENA XIII.

CÁRMEN, EDUARDO.

EDUARDO. Cármen, abrázame.

Vengo más contento! Más

que unas pascuas. He tenido

carta de mi padre, Juan,

que se ha ido al pueblo unos días,

le ha contado pé á pá

lo que me pasa, y mi padre,

que muy satisfecho está

de mi aplicacion, me dice

que me puedo trasladar

á otra casa.

CARMEN. Y tú alegría

es por eso?

EDUARDO. Claro.

CARMEN. Ah!

Me abandonas!

EDUARDO. Oye, y tiembla
de placer. Dice además
que le diga francamente,
si tengo una novia ..

CARMEN. Ya!

EDUARDO. Para venir al instante
á conocerla, y tratar
de casarnos, si la quiero,
segun le ha explicado Juan.

CARMEN. Oh! qué dicha!

EDUARDO. Y el abrazo?

CARMEN. Lo mereces. (Le abraza.)

Ahora vas
á saber lo que proyecta
don Ruperto. Tiene afan
de ver el can-cán. Mas como
nunca sale sin llevar
á doña Cecilia al lado,
hoy, fingiendo que le da
un fuerte dolor de muelas,
se excusa de ir á rezar,
y mientras ella va al templo,
don José, que entra en el plan,
trae aquí una bailarina
so pretexto de que ya
á contratarla el veje
para un teatro.

EDUARDO. Á jugar
les voy la broma del siglo.
Adios. Y hoy mismo te vas
con tu prima.

CARMEN. Mas...

EDUARDO. Me escurro,
no se vayan á enterar.

ESCENA XIV

CÁRMEN.

Qué proyectará Eduardo?
Algun chasco magistral.
Qué feliz soy! Aquí viene

la señora. (Se va.)

ESCENA XV.

DOÑA CECILIA.

A somándose al cuarto de Eduardo.

 Mi galán
no ha venido. ¡Con qué fuego
me pintó su amor voraz!
Si el bruto de mi marido
no llega entonces á entrar,
¡Dios me perdone! más creo
que aquello no acaba mal.
Ay Jesús! Y ahora me ocurre.
Esta manera de obrar
¿será pecado? Oh! Pecado!
Si será, si no será?
Mas qué teino? Lo cometo,
y lo confieso, y en paz.
Á la novena. ¡Dios mío!
Si habrán empezado ya?
Cármén! Si no es hoy, mañana
fin mis angustias tendrán.
Cármén!

ESCENA XVI.

DOÑA CECILIA, CÁRMEN.

CÁRMEN. Señora!

CECILIA. Ruperto
se acaba ahora de acostar
un poco. No hagas ruido.
Le duele una muela. Estás?

CÁRMEN. Sí señora.

CECILIA. Á la novena
me marchó. Por la señal...! (Váse.)

CÁRMEN. Persígnate, hipócritona,
que luego me lo dirás.

ESCENA XVII.

CÁRMEN, D. RUPERTO.

RUP. Cármen! Ay! Ay!

CARMEN. Qué os ocurre

RUP. Que no puedo sufrir ya este dolor. (Si no fuera por el maldito can-cán, qué ocasión para...) Ven, hija. (¡Bocado de cardenal!) Tú sabrás algún remedio que calme el dolor, verdad?

CARMEN. No señor.

RUP. Pues me parece... que tú... lo puedes... calmar... si quieres... (Tente, Ruperto, no hagas una atrocidad.) Trayendo una medicina de la calle de Alcalá.

CARMEN. (Cerca está!) Si no es más que eso...

RUP. Quieres... tú .. hacer... algo más?

CARMEN. Todo lo que usted me mande. Qué hago?

RUP. El... la... los... las...

CARMEN. ¡Pícaro dolor de muelas, que ni le permite hablar! Me voy por la medicina.

RUP. Sí, vete por caridad.

ESCENA XVIII.

D. RUPERTO.

Ay, qué ocasión! Si no fuera por ese baile maldito, de seductor me acreditaría. Estaba tan retrechera! Pero calla! Si no sabe á cuál botica ha de ir ni lo que debe pedir;

mayor torpeza no cabe.
Quizá desde aquel balcon
en la calle la veré. (Llaman.)
Mas ya está aquí don José.
Da principio la funcion.
Despacio, que estoy baldado. (Llaman.)
Allá voy.

ESCENA XIX.

D. RUPERTO, D. JOSÉ, MATILDE. D. Ruperto entra
haciéndose el baldado.

JOSE. La señorita
es la que...
RUP. Ya, ya. (Es bonita!)
Siento se haya molestado,
mas este padecimiento
que hace algun tiempo me aqueja,
de aquí salir no me deja.
Tomen ustedes asiento,
que á tomarlo voy tambien.
MAT. Gracias.
RUP. Esta señorita
sabr  ya?...
JOSE. De su visita
el motivo? S .
RUP. Pues bien,
al grano. Como ya sabe,
formando estoy compa a
para Murcia y Almería.
(Qué mirada tan suave!)
Varios amigos de allí
que tienen un grande afan
de ver bailar el can-c n,
me han pedido que de aquí
una pareja les lleve,
de las buenas, la mejor;
y elogi ndome el señor
—m enos acaso que debe—
su gracia para bailar,
me he propasado   llamarla

sólo para preguntarla
si se quiere contratar.

MAT.

Sí señor.

RUP.

 Pero advirtiéndole
que es un público exigente,
y acaso pida...

MAT.

 Corriente,
un poco de todo entiendo.

RUP.

Sabrán usted jota, fandango,
seguidillas y...

MAT.

Pues no!

JOSE.

(Le gusta á usted?)

RUP.

 Mucho. Oh!

Y cantar, así, algún tango?

(Si la actriz supiese cantar flamenco, se sustituirá
la anterior redondilla por la siguiente.)

JOSE.

¡Si hasta guillaba en cañi!

RUP.

¡En cañi!

JOSE.

 Este es profano
y no chanela. En gitano,
en flamenco.

RUP.

 Vamos, sí.

Si usted fuera tan amable,
y perdone la exigencia,
que cantase en mi presencia
una canción confortable?

MAT.

Sí señor, en el momento.

JOSE.

(Ahora verá usted qué gracia.)

RUP.

(Estoy loco!)

JOSE.

(Diplomacia.)

MAT.

Con permiso.

JOSE.

(Estad atento.)

(Matilde canta. D. Ruperto se entusiasma por
grados.)

RUP.

Bravo, bien.

JOSE.

(¡Que estais baldado!)

RUP.

Alza, pilili!

JOSE.

(Qué atroz!)

RUP.

Teneis, Matilde, una voz

que me deja embelesado.

No hay más que hablar.

JOSE.

Os advierto

que en el baile se coloca
á una altura!... Casi toca
las bambalinas!

RUP. ¿Es cierto?

Si usted quisiera?... Mas no.
Soy demasiado exigente.

JOSE. Pero ella es muy complaciente
y bailará.

MAT. Bueno.

RUP. Oh!

MAT. No es el mejor este traje,
mas ya que en ello se empeña...
(Se coge las faldas para bailar.)

JOSE. (Ya verá usted lo que enseña!)

RUP. (Ya le estoy viendo un encaje!)

(Matilde baila y D. Ruperto se mueve y gesticula, recargando la escena segun el público se presente.)

RUP. Bien, bien!

JOSE. (Quieto! Estais baldado!)

(Que estais baldado!)

RUP. (Es verdad.)

Uyuyuy!

JOSE. (Qué atrocidad!)

RUP. Aquí estoy mal colocado.

(Se coloca en otra silla más baja para ver mejor.)

Qué miro!

JOSE. (Por Jesucristo!

No os movais, que no sospeche.

Como una andanada os eche!)

RUP. (Yo no sé cómo resisto.)

Salero, eso es lo que priva!

JOSE. (Callad!)

RUP. Callad, majadero.

Alza, pilili! Salero!

arriba esa falda, arriba!

(Se pone á bailar con Matilde y ésta sorprendida se para. Entran Eduardo, Cármen y Doña Cecilia.)

ESCENA XX.

DICHOS, DOÑA CECILIA, CÁRMEN, EDUARDO.

CECILIA. Jesús, María y José!

RUP. (Sin ver á nadie, baila solo.)
Alza, pilili!

CECILIA. Está loco?

RUP. No te pares. Otro poco:
otro poquito.

CECILIA. (Cogiéndole del brazo.) Mas...

RUP. Eh!

José, Jesús y María!
Cecilia!

JOSE. Se aguló la fiesta.

CECILIA. Qué es esto? Qué casa es esta?

RUP. Esto es, pichoncita mia,
un remedio que el señor
me ha dado para la muela.
Una nueva tarantela
que mitiga este dolor.

CECILIA. Infame! Y esta mnjer?...

MAT. He venido aquí, señora,
engañada, pero ahora
sé lo que me toca hacer.

CECILIA. Engañada! Vuestro afan
desmiente vuestra disculpa. (Á D. José.)
Usté ha tenido la culpa.

Aqui bailando el can-cán?

MAT. Cállese usted, vieja rara
y no sea tan aprensiva. (Á ellos)
Por no manchar mi saliva
no les escupo en la cara.

ESCENA XXI.

DICHOS, ménos MATILDE.

CECILIA. Pillo! Mientras yo rezando
estaba por tu salud
con tierna solicitud,
tú estabas aquí bailando? (Á Eduardo.)

Si por tí no hubiera sido,
este pícaro me engaña. (Á D. José.)
Cancanista! De mi saña
no escapará.

JOSE. (Me he lucido.) (Se va.)

ESCENA XXII.

DICHOS, ménos D. JOSÉ.

RUP. (Á Eduardo.) Tú le has avisado?

EDUARDO. Sí.

RUP. Mas cómo?...

CARMEN. Yo me enteré
y se lo dije.

EDUARDO. Os busqué,
y os traje, señora, aquí.

RUP. Es decir, que esta doncella
y tú, os entendeis?

EDUARDO. Es poco;
yo la amo como un loco
y me corresponde ella.

CECILIA. Jesús!
(Cae desmayada en los brazos de Eduardo.)

CARMEN. Qué es eso?

EDUARDO. Un desmayo.

RUP. María!
(Cae desmayado en los brazos de Carmen.)

CARMEN. Otro! Y qué pesa!

EDUARDO. Verás si la broma cesa.
Vamos á hacer un ensayo.
(Se apartan los dos con cuidado dejando á D. Ru-
perto apoyado en Doña Cecilia; y al extender cada
uno los brazos creyendo que abrazan á los otros, se
reconocen y se separan con rabia.)

EDUARDO. Lo vés?

CECILIA. Dónde estoy?

RUP. Dios mio!

Qué pasa aquí?

EDUARDO. Lo que pasa,
es que hoy dejamos la casa
esta y yo.

- CECILIA. Qué desvario!
(Marcharse mi amor!) Ruperto,
tú no lo consentirás.
Á su padre escribirás
para que se quede, ¿es cierto?
- RUP. (Marcharse mi amor!) Cecilia,
haz tú que Cármen se quede;
marcharse de aquí no puede;
es casi de la familia.
- CECILIA. Á qué ese interés demuestras
por Cármen, viejo maldito?
- RUP. Y tú por ese mocito,
á qué tanto interés muestras?
- EDUARDO. (Á Doña Cecilia.)
(Calle usted, porque si no,
descubro todo el pastel.)
- CARMEN. (Á D. Ruperto.)
(Voy á darle este papel
si no se calla usted.)
- RUP. (Oh!)
- EDUARDO. Esta casa virtuosa
dejamos, y os ofrecemos
la que pronto habitaremos
como esposo...
- CARMEN. Y como esposa.

ESCENA XXIII.

D. RUPERTO, DOÑA CECILIA.

- CECILIA. Pegármela, santo cielo!
- RUP. Engañarme, Dios piadoso!
- CECILIA. Á mí! Á tu esposa!
- RUP. Á tu esposo!
por un...
- CECILIA. Corramos un velo.

ESCENA XXIV

DICHOS, EDUARDO.

EDUARDO. Señores...

CECILIA.

Qué ocurre?

EDUARDO.

Nada;

que impaciente por marchar,
se me olvidó suplicar
que nos den una palmada.

FIN DEL JUGUETE.

Suplemento á la adición al Catálogo de EL TEATRO de 1.º de Octubre de 1872.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde	TÍTULOS DE LAS OBRAS.	Actos.	Prop. que corresponde
Infierno en coche.....	1	Todo.	Una broma conyugal.....	1	Todo.
¡a, pilili!.....	1	Id.	La creación refundida.....	3	Libro.
¡as del tío!.....	1	Id.	La gran jugada.....	3	Todo.
¡a del mundo.....	1	Id.	La independencia española.	3	Id.
¡ense usted.....	1	Id.	Pascuala.....	3	Id.
¡atégia conyugal.....	1	Id.	La hija del mar.....	4	Id.
¡vale pájaro en mano...	1	Id.	Pescar en seco.....	1	L. y M.
¡ser tímido.....	1	Id.			
¡r por hambre.....	1	Id.			

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.